

Fuentes de la Confianza

CARTA 1990

Fuentes de la confianza, traducida en treinta lenguas, ha sido escrita por el hermano Roger para ser meditada en Taizé durante las 40 Semanas de encuentros intercontinentales de jóvenes que del 4 de febrero al 11 de noviembre de 1990 reunirán semana tras semana participantes de 35 a 60 naciones a la vez.

La carta gana al ser leída y meditada con tiempo. Fue publicada con ocasión del encuentro de Polonia (Wroclaw, 28 de diciembre de 1989 - 2 de enero de 1990) que reunió a jóvenes de toda Europa, y de otros continentes). Inmediatamente después de concluido el encuentro europeo, el hermano Roger viajó a Rumania para orar en sus iglesias e intentar descubrir las posibilidades de acción en un futuro inmediato.

Si todo comenzara con la confianza en el corazón, quién se preguntaría: «¿Qué hago yo en la tierra?»

En el mundo entero son muchos los jóvenes, muchas las mujeres, los hombres y también los niños que portan en sí todo lo necesario para dinamizar las situaciones de inmovilismo.¹ Abandonando aquel tiempo de la desconfianza e incluso la sospecha, ellos disponen de lo esencial para crear la era de la confianza, para urgir una era de confianza y de reconciliaciones.

Encontrarán muros que derribar, pero sobre todo esa «fuente única»² donde tomar impulso una y otra vez.

Al intentar saciar tu sed en esa fuente te dirás a veces: la fe, esa confianza en Dios, es poco accesible para mí.

¿Cómo ayudarte a descubrir la pureza de esa fuente, ahí donde aparece el Evangelio con su frescor original?

Tal vez ya te hayas dado cuenta. En lo más profundo de la condición humana late la espera de una presencia, el silencioso deseo de una comunión. Créelo, ese simple deseo de Dios es ya el comienzo de la fe.³

Lo que más importa en un principio no son los grandes conocimientos. Ellos tienen su valor, pero será tu corazón el primero en comprender el Misterio de la Fe.⁴ Los conocimientos vendrán más tarde. Todo no es dado al mismo tiempo.

Si Cristo no hubiera venido a la tierra, Dios podría parecerte aún lejano e incluso inalcanzable ¿Recordarás por siempre esta fulgurante realidad del Evangelio?: «En esto consiste el amor: No somos nosotros quienes hemos amado a Dios, fue él el primero en amarnos.»⁵ Sí, Dios es amor, él ama a cada uno como a su único hijo, y Cristo, el Resucitado, viene a hacerlo accesible a nuestras vidas.⁶

Te parecerá increíble. Abandonándote a él, dejándote amar por él, no te preocupes si no consigues amarle inmediatamente.⁷

Y ya comprendes su palabra: «Sin mirar hacia atrás, ¡sígueme!»⁸

Jesús te asegura en el Evangelio que preocupándote no adelantas nada.⁹ Intenta más bien consentir tus limitaciones, tus fragilidades, en lugar de querer erradicarlas como se arranca la mala hierba de un jardín.¹⁰ Mirar hacia atrás es detenerte en lo que te duele de ti mismo y de los demás.¹¹

Jesús, el Cristo, no te invita a replegarte sobre ti sino a un sencillo arrepentimiento de corazón. ¿En qué consiste? En ese impulso de confianza que te permite depositar en él tus faltas.¹² Y hete aquí, aliviado, liberado incluso, para vivir el momento presente.

Tal vez digas: «No es posible». Sin embargo intuirás que, aún en los momentos de prueba, tu vida aparece entretejida con los hilos de su perdón. Recuérdalo siempre: Dios no se impone jamás por una voluntad amenazadora.

Cuando te veas asediado por el pesimismo que hace la guerra al alma ¿por qué prestarle atención? Construir tu fe sobre el tormento es levantar tu casa en tierra arenosa.

La voluntad de Dios es sólo el amor; así la buena noticia viene a grabarse en lo profundo del corazón humano.¹³

Cristo, el Resucitado está cerca de ti...y se eleva como una voz interior, voz que es oración. Tu boca puede callar, pero tu corazón silencioso escucha, de par en par abierto ante Dios.

Cuando tu oración se hace palabra, ésta puede ser pobre y torpe. Le dices tus alegrías y desilusiones, todo. En la oración a solas poco importa el lenguaje; éste no desconcierta ni molesta al oído de nadie.

Además, Cristo te interpela a través de los acontecimientos. Sugiere en ti preguntas, la intuición que en tu interior crece y te trabaja. Aunque no retuvieras más que una palabra, ésta puede abrirte un camino.

Y en ti esta oración:

«Salvador de toda vida, los días pasaban y yo no te daba una respuesta. Llegué incluso a preguntarme: ¿Tengo verdaderamente necesidad de Dios? Se levantaron muros de duda y vacilación que, a la deriva, me alejaban de ti.

Tú, Jesús el Cristo, misteriosa Presencia, tú has querido esperarme.¹⁴ En el fondo de mis contradicciones e incluso de mis rebeldías interiores, he percibido una vez más esa transparencia del Evangelio: tu amor no es una palabra vana, es tu continua presencia, tu confianza, tu perdón.

Comprendí que, por el Espíritu Santo, tú el Resucitado me habitabas sin haberme nunca abandonado. Me amaste antes de que yo te amara.¹⁵

De regreso a la fuente, heme aquí dispuesto a decirte y repetirte un sí para siempre, el sí de la Virgen María.¹⁶ Una luz despunta y en mi corazón rompe la aurora.¹⁷ Escucharé por siempre tu llamada: Sin demora, ¡sígueme!»

¡Si colocaras en la pared de tu habitación estas palabras del Evangelio, palabras que provienen directamente del corazón de Dios!: «Lo que hagáis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí, el Cristo, me lo hacéis»¹⁸

La presencia de un niño puede abrir tus ojos,¹⁹ dirigir tu atención hacia el sufrimiento de los inocentes, de los que conocen una ruptura afectiva, la insoportable soledad.²⁰

En una comunión en Cristo encontrarás la audacia de las solidaridades para que en la tierra, los más desprotegidos no sean olvidados.²¹

Compartir lo que tenemos nos lleva siempre a simplificar nuestra existencia.²² Es así cómo, incluso con muy poco, tu imaginación inventiva consigue crear belleza en ti y a tu alrededor. ¡Qué cante en ti la alegría, el don maravilloso de la creación, en él tus ojos discernen reflejos de eternidad!

Renunciando a mirar hacia atrás, y con el gozo de un infinito agradecimiento, no tengas nunca miedo de adelantarte a la aurora para alabar y cantar a Cristo, tu Señor.²³

Tal vez te preguntes: «¿Cómo avanzar hacia las fuentes de la confianza y de la reconciliación? ¿Dónde encontrar la brasa de un amor que reconcilia? ¿Dónde? ¿Consistirá en perdonar una y otra vez,²⁴ en intentar comprender desinteresadamente?

Si, decidido a poner fin a una ruptura, al ir al encuentro de quienes se opusieron a ti para decirles «Vengo a reconciliarme», recibieras como respuesta «No hay nada que hacer, ¡vete de aquí!» ¿Qué hacer? ¿Dejarás que tu corazón se vea ganado por el odio?

Tú conoces el Evangelio: Jesús, el Cristo, te invita a amar y orar por los que te hacen daño. El corazón encuentra la paz cuando, rechazados y humillados, confiamos a Dios, sin dejarlo para más tarde, aquellos que nos han herido.²⁵

¿Lo sabes bien? Seguimos a un Cristo que, cargado de sufrimientos, no amenazaba a nadie.²⁶ Él viene a curar por su compasión. Ese Cristo es comunión.²⁷ Él te hace entrar en ese misterio de comunión que es su Cuerpo, su Iglesia: en ella las fuentes de la reconciliación te serán accesibles.²⁸

Sin esa única comunión ¿Cómo se habría transmitido la luz del Resucitado a través de los tiempos, desde María y los apóstoles hasta nuestros días? Siempre hubo creyentes que prepararon los caminos de Cristo,²⁹ comunicando a los oídos la confianza de la fe. En nuestros días, ¿te encuentras tú entre los que, con perseverancia, continúan abriendo los caminos del Resucitado?

¡Feliz el que permanece abierto a la compasión! Por el Espíritu Santo, el Resucitado aviva en ti la espera del milagro de su presencia. ¿Forjarás en ti un corazón resuelto para ser fiel hasta el final?³⁰ O bien tu duda te hará exclamar: «¿Por qué me pides que prepare el camino del Evangelio para otros? ¿No ves acaso que me falta todo, como a un niño?»

¡Feliz el que permanece abierto a la compasión! A causa de Cristo y del Evangelio ¿te atreverás a un alarde de audacia? Dejando a un lado ese desasosiego que no viene de Dios y te repliega ¿volverás, con la confianza del corazón, a los que te rechazaron para una vez más decirles: «Vengo a reconciliarme»?

Si te rechazaran duramente, ¡qué descubrimiento! Sí, en tu corazón ya los habías acogido. Por sorprendente que parezca, al tomar el riesgo de la confianza, amanece en ti la paz del corazón, una serena alegría.

1 Hace algunos años, en 1979, invitado para hablar durante la peregrinación de los mineros de Silesia, en Piekary, Polonia, les dije: «Probablemente, ninguno de vosotros, trabajadores polacos, piensa tener influencia alguna en la evolución de la humanidad. Sin embargo no es así. No son los que aparentemente están situados en primera línea, los que determinan los cambios en el mundo. Fijaos en la Virgen María. Tampoco ella hubiera podido imaginar que su vida fuera esencial para el futuro de la humanidad. Al igual que la madre de Dios sois vosotros, los humildes de este mundo, quienes preparáis caminos de futuro para muchos. Vuestra espera en Dios, fiel espera, hace avanzar a muchos otros en toda la tierra.»

2 Esta «fuente única» es Cristo, el Resucitado. Sin él ¿no correríamos el riesgo de tener que abandonar a mitad de trayecto, de renunciar a proseguir el camino que habría de conducirnos al encuentro de la eternidad?

3 Son muchos los que piensan que su fe personal es minúscula. Cristo en su Evangelio nos invita a no desasosegarnos por ello; las realidades de Dios no pueden ser medidas y de la semilla de mostaza germina un árbol colosal. (Lc 17, 5 y Mt 13, 31-32)

4 La palabra corazón hace aquí referencia a lo profundo del ser humano, aquello que ocupa el núcleo mismo de su persona.

5 1 Jn 4, 10,19.

6 Juan Pablo II escribía en su primera encíclica que, en cierta manera, Cristo está unido a todo ser humano, sin excepción.

7 El que se deja amar por Dios descubre que poco a poco él es capaz de amar también. «Un hombre preguntó a Jesús cual era el más importante de los mandamientos. Jesús respondió: El primero es que ames al Señor Dios con todo tu corazón, toda tu alma, todo tu espíritu y toda tu fuerza. El segundo es que ames a tu prójimo como a ti mismo. No hay mandamiento más grande que éstos.» (Mc 12, 28-31)

8 En el Evangelio, las llamadas de Jesús a seguirle sin dejarlo para más tarde son unívocas. A Pedro le dice: «¡Tú, sígueme!» (Jn 21, 22). A Zaqueo: «¡Baja de prisa, pues hoy quiero quedarme en tu casa.» (Lc 19, 5). «Jesús dice a Pedro y Andrés: Seguidme, y ellos dejaron sus redes al Instante para seguirle» (Mc 1, 17-18). «Alguien dijo a Jesús: Yo te seguiré Señor, pero antes déjame despedirme de los míos. Jesús le respondió: Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios.» (Lc 9, 61-62)

9 «¿Quién de vosotros puede, por más que se preocupe, añadir un codo a la medida de su vida? Si, pues, no sois capaces de lo más pequeño, ¿por qué preocuparos de lo demás?» (Lc 12, 25-26)

10 Mt 13.24-30

11 Contemplar la luz de Cristo permite consentir incluso lo que no nos gusta de nosotros mismos, aceptarlo, pero sin pararse en ello. Así puede llegar el día en el que aquello que nos hacía mal de nuestra persona deja de tener importancia. No querer ver lo que no nos gusta en nosotros es una batalla perdida desde el comienzo. Gemir ante una visión dolorista de sí mismo no es una salida. Al pararse en las sombras de nosotros mismos, el alma se vuelve cautiva, avanza abatida, sin la bella esperanza.

12 Cuando se recibe con un espíritu arrepentido, el sacramento de la reconciliación aporta la certeza personal del perdón de Dios.

13 Varios siglos antes de la venida de Cristo, el profeta Jeremías es consciente de que el ser humano no puede cumplir la voluntad de Dios mientras ésta sea únicamente una ley exterior, inscrita en tablas de piedra; por ello anuncia la promesa de Dios: «pondré mi ley en su interior y en sus corazones la grabaré.» (Jer 31, 33) Y Ezequiel añade: «Infundiré mi espíritu en vosotros.» (Ez 36, 27) Desde la venida de Cristo los creyentes son en sí como «una carta de Cristo escrita no con tinta sino con el Espíritu del Dios vivo, no en tablas de piedra sino vivas, en el corazón del hombre» (2 Cor 3, 3)

14 «Cristo se aparecerá a cada uno como si lo mirara en particular, dirigiéndole la palabra, acogiéndolo. Nadie estará triste al pensar que Cristo no le ha reconocido o le ha despreciado.» (San Simeón; siglos X-XI)

15 El Antiguo Testamento permite ya comprender el amor de Dios por cada ser humano: «Eres precioso a mis ojos, yo te amo» (Is 43, 4). En el Nuevo Testamento, este anuncio aparece con todo su fulgor. El apóstol Juan lo expresa con claridad. Para él, el amor es la definición misma de Dios; lo dice en tres palabras: «Dios es amor». A continuación explica qué es este amor: «En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó... en cuanto a nosotros, amemos, puesto que él nos amó en primero» (1 Jn 4, 10-19). Si Cristo no hubiera caminado en la tierra, si los apóstoles no hubiesen escrito lo que vieron y oyeron de Cristo, o si los textos por ellos escritos no hubieran llegado a nosotros ¿Cómo encontraríamos el camino?

16 Lc 1, 38

17 Esta aurora es la de la luz de Cristo. «Hacéis bien en contemplarla, escribe Pedro el apóstol, como a una lámpara que luce en lugar oscuro, hasta que despunte el día y se levante en vuestros corazones el lucero de la mañana.» (2 Pe 1,19)

18 Mt 25, 40

19 La presencia de los niños es muy esencial. (Lc 9, 46-48) ¿Quién dirá suficientemente todo lo que ciertos niños pueden transmitir, por medio de sus dones, que ellos mismos aún no se han descubierto, pero que han sido ya depositados en ellos por el Espíritu Santo? Hay niños que hacen vislumbrar a Dios por la confianza de que dan prueba, por una palabra inesperada.

20 El sufrimiento de los inocentes no viene de Dios. Un día el profeta Elías se siente llamado al monte Sinaí para escuchar a Dios. Se desencadenó un huracán, a continuación un temblor de tierra, más tarde un fuego violento. Pero Elías sabe que Dios no está en esas catástrofes naturales (1 R 19). Más tarde, la calma regresa y Elías escucha la voz de Dios como en un murmullo. Una realidad le cautiva entonces: a menudo, la voz de Dios se hace accesible a nuestras profundidades a través de un soplo de silencio. Tal vez fue una de las primeras veces en la historia en que una intuición tan diáfana ha sido puesta por escrito: Dios no se impone por la violencia, no se manifiesta por medios prepotentes que provocan miedo. Hoy como ayer, Dios no es el autor de la guerra, de las catástrofes naturales o de las desgracias. Más aún, por su Espíritu Santo, Cristo Resucitado acompaña a quienes atraviesan la prueba, habita el sufrimiento humano por su presencia de compasión.

21 A propósito de la solidaridad con los hombres. En dos ocasiones y acompañado por niños de los cinco continentes, habiendo sido recibido por el secretario general de la Naciones Unidas Javier Pérez de Cuellar, nos ha sido posible expresarle algunas de las esperanzas fundamentales para hoy.

22 Son muchos los creyentes que, incluso disponiendo de medios escasos manifiestan su solidaridad tanto con los que viven lejos como a su alrededor. El deseo de vivir la solidaridad con los seres humanos para hacer de la tierra un lugar habitable, es un signo de autenticidad. Y la autenticidad es en nuestros días una de las aspiraciones más fuertes de muchos jóvenes. Que nadie se agobie, hay muchas maneras de compartir lo que mejor tenemos. ¿Por qué una persona anciana, un enfermo, una madre de familia cargada de trabajo habría de preocuparse y decirse: «¡No hago nada por hacer de la tierra un lugar habitable!»? Que no olviden que su oración, que viene de Dios, no regresará jamás a él sin haber tenido una repercusión en la tierra.

23 Entre los que se adelantan a la aurora se encuentran los creyentes que nos han precedido y oran con nosotros, desde María y los apóstoles, hasta nuestros días.

24 «Pedro preguntó a Jesús: Señor, ¿Cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga mi hermano? ¿Hasta siete veces? Jesús le respondió: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.» (Mt 18, 21-22)

25 El Evangelio nos invita a esta actitud interior cuando nos sentimos rechazados o humillados: «Amad a vuestros enemigos, orad por los que os persiguen.» (Mt 5, 44). Pero, por supuesto que cuando se trata de otro, cuando otro es maltratado o despreciado, querríamos hacer lo imposible para acudir en su ayuda.

26 1 P 2, 22-25

27 No podremos comprender como Cristo pudiera haber venido a la tierra para crear una religión. Cristo es comunión y así él hace accesible esta comunión única en su Cuerpo que es la Iglesia, a su vez fermento de amor en la familia humana.

28 ¿Por qué aspiramos tan intensamente a la reconciliación en ese misterio de comunión que es la Iglesia? Si la Iglesia no fuera más que una sociedad humana, sus divisiones tendrían una importancia menor. Pero ella es el Cristo en su comunión, hecho presente en la tierra. Lo que nos cautiva es que los cristianos hagan creíble su amor por Cristo. Lo que nos cautiva es que los cristianos, reconciliados por amor, sean en todo lugar fermento de paz y confianza. Si no amamos más que a los que nos aman, no hacemos nada de extraordinario (Mt 5, 46), la fe no es necesaria para ello, los que no creen son capaces de hacer otro tanto.

29 Mt 3, 3.

30 «Conozco tus dificultades y tu fragilidad, y sin embargo estás colmado, permanece fiel hasta la muerte» (Ap 2, 9-10) «Si aspiras a servir al Señor, prepárate a la prueba. Forja en ti un corazón resuelto, cárgate de valor, a la hora de la adversidad no tengas miedo.» (Si 2, 2) Construirse interiormente en Cristo Resucitado supone regresar día tras día, a lo largo de la vida, a algunas realidades esenciales de Evangelio. Estas oraciones podrían contribuir a crear una unidad interior:

Por la mañana

Cristo Jesús, Luz interior, haz que acoja tu amor, que conozca la alegría. Te amo, no como quisiera, pero te amo.

Al mediodía

Bendícenos, Señor Cristo, a nosotros y a quienes tú nos confías... Manténnos en el espíritu de las Bienaventuranzas: la alegría, la sencillez, la misericordia.

Por la noche

Espíritu Santo, Espíritu de Cristo Resucitado, tú nos llenas de tu continua presencia; ven a calmar nuestra sed de confianza, de paz, de perdón, de tal manera que las fuentes de alegría nunca se agoten.

O aún esta oración por la noche:

Dios de Eternidad, Salvador de toda vida, siguiendo a los testigos de todos los tiempos, desde María y los apóstoles, haz que yo me disponga interiormente a poner mi confianza en el Misterio de la Fe.